

man volvió al lado de sus compañeros, y una hora después había ahogado en vino el recuerdo de Mr. Jingle ó de Mr. Fitz-Marshall.

Entre tanto mister Pickwick y Sam Weller, encaramados en un coche público, veían disminuir de minuto en minuto la distancia que les separaba del pueblo de Bury Saint-Edmunds.

## CAPITULO XVI

*Que contiene demasiadas aventuras para poderlas resumir brevemente*

Preocupado con la resolución que había tomado de desenmascarar á Jingle en cualquier parte donde le encontrara, Mr. Pickwick iba por el camino taciturno y pensativo, reflexionando en los medios que debía emplear para realizar su proyecto; pero poco á poco dirigió su atención á los objetos que le rodeaban, y al fin se puso de tan buen humor, como si hubiera emprendido aquel viaje por el motivo más agradable del mundo.

—Delicioso paisaje, Sam — dijo.

—Entierra los techos y las chimeneas — respondió el criado tocando su sombrero.

—En efecto — contestó Mr. Pickwick sonriendo; — yo supongo que no habrás nunca visto sino techos y chimeneas, mortero y ladrillos.

—Yo no he sido siempre mozo de posada, caballero — respondió Sam sacudiendo la cabeza. — Yo he sido en otro tiempo criado de carretero.

—¿Cuándo?

—He sido mozo de un carretero, y después de un cochero, y después mozo de cuerda, y después criado de fonda. Ahora soy criado de un caballero. Yo mismo seré caballero un día de estos, con mi pipa en la boca y una butaca en mi jardín; ¡quién sabe! No me extrañaría.

—Eres un verdadero filósofo, Sam.

—Creo que eso es de familia, caballero. Mi padre tiene ahora esa profesión. Cuando mi madrastra le encorara, él se pone á silbar, ella se irrita y le rompe la pipa; él se va pacíficamente y trae otra. Entonces ella rebuzna

todo lo que puede y le dan ataques de nervios. El no se mueve y fuma con mucha tranquilidad su pipa hasta que ella vuelve en sí. Esto es filosofía, caballero.

—Por lo menos una cosa parecida, — respondió mister Pickwick. — Esto debe ser muy útil en vuestra vida errante.

—¡Util! Cuando me salí de casa del carretero, y antes de entrar en casa del cochero, he estado durmiendo quince noches en una habitación sin muebles.

—¿Una habitación sin muebles?

—Sí; los arcos en seco del puente Waterlloo; linda alcoba, á dos pasos del centro de los negocios. Lo único que tiene es que es un poco ventilada. Allí he visto cosas buenas.

—¡Ah! lo supongo — dijo Pickwick con interés.

—Cosas que traspasarían vuestro tierno corazón. No hay allí mendigos ordinarios; jóvenes mendigos de ambos sexos que no han empezado aun su profesión; pero los que más generalmente se alojan allí son las pobres criaturas sin asilo que se mueren de hambre, las pobres criaturas que no pueden pagar la cuerda de dos peniques.

—Decidme, Sam, ¿qué es eso de la cuerda de dos peniques?

—Es una posada, señor, donde los lechos cuestan dos peniques por noche.

—¿Y por qué dan á los lechos el nombre de *cuerdas*?

—Cuando los jóvenes y las niñas que tienen esa clase de hoteles los abrieron, estaban dispuestas las camas en el suelo; pero esto no les convenía. En lugar de estar un espacio de tiempo arreglado á la cantidad de dos peniques, los durmientes se estaban allí hasta medio día; así es que ahora tienen dos cuerdas, distantes la una de la otra como seis pies y elevadas sobre el piso á una altura de tres pies. Estas cuerdas van de un lado á otro de la habitación, y sobre ellas están los lechos en fuertes telas extendidas.

—Bien, ¿y qué?

—Las ventajas de este plan son palpables. Todas las mañanas á las seis sueltan una de las cuerdas, y ¡cataplún! todos los durmientes caen en tierra. Así se despiertan admirablemente, se levantan de buen humor y se van muy contentos... Pero decidme — continuó Sam interrumpiendo su verboso discurso, — ¿es Bury Saint-Edmunds el pueblo que se ve allá?

—Precisamente — dijo Mr. Pickwick.

Poco después el coche rodó por las calles limpias y bien empedradas de una preciosa villa, y se detuvo delante de una posada que había en medio de la calle principal, casi enfrente de la antigua abadía.

—Aquí está *El Angel* — dijo Mr. Pickwick mirando la muestra. — Bajemos aquí, Sam, pero hay que tomar algunas precauciones. Pide una habitación particular y no digas mi nombre, ¿entiendes?

—Entiendo — respondió Sam con un guiño de inteligencia.

Sacó el gabán del cofre de la trasera y fué á desempeñar su comisión. Una habitación particular fué contratada, y Mr. Pickwick entró en ella sin dilación.

—Ahora, Sam — dijo el filósofo, — lo primero que hay que hacer es...

—Es pedir la comida — dijo Sam. — Es muy tarde, señor.

—¡Ah! es cierto — dijo el filósofo mirando su reloj; — tienes razón.

—Y si yo fuera vos, descansaría un poco antes de ocuparme en tomar informes de ese truhán.

—Creo que tienes razón, Sam; pero quiero antes asegurarme de que él estará en este hotel y de que no se me escapará.

—Yo me encargo de eso. Voy á arreglaros una pequeña comida y á hacer una indagación allá abajo mientras la preparan. Yo le sacaré todos los secretos al limpiador de botas en diez minutos.

—Bien, ve — dijo Pickwick.

Y Sam se retiró.

Media hora después Pickwick estaba sentado frente á una excelente comida, y al cabo de un cuarto de hora más, Sam Weller venía á darle la noticia de que mister Carlos Fitz-Marshall había retenido su habitación hasta nueva orden; había ido á pasar la noche en una casa vecina, dejando dicho que se le esperase y llevando consigo á su criado.

—Ahora, señor — continuó Sam después de haber hecho su informe, — si puedo echar un parralillo con el criado, él me contará todos los asuntos de su amo.

Como este plan parecía el mejor, fué adoptado. Sam se retiró con permiso de su amo para pasar la noche como mejor le pareciese. Dirigióse á la taberna de la casa, donde hizo y dijo tantas locuras, que las risas de los parroquianos se oían desde el cuarto de Mr. Pickwick. Al día siguiente por la mañana, Sam Weller se ocupó en calmar la agitación febril que de la víspera le quedaba con una ducha de á penique; es decir, que mediante esta cantidad, un mozo de la cuadra dirigió el chorro de la bomba á su cabeza y á su rostro, hasta que se verificó una completa restauración de las facultades intelectuales del criado de Mr. Pickwick. Mientras recibía este tratamiento médico, llamó su atención un joven que estaba sentado en un banco del patio. Vestía una

librea de color violeta, y leía en un libro de himnos con un aire de profunda abstracción, que no le impedía de tiempo en tiempo volver los ojos á Sam, como si le interesara mucho la operación del baño.

—¡Buen tipo! — pensó éste la primera vez que sus ojos encontraron la mirada del de la librea.

Y en efecto, con su rostro pálido, ancho y aplastado, con sus ojos hundidos y su enorme cabeza, de la cual pendían algunas mechadas de cabellos negros y lacios, el desconocido era un tipo raro. Continuaba mirando á Sam, como si tuviera deseos de entablar conversación. Al fin, para darle ocasión de hablar, Sam le dijo con un movimiento de cabeza significativo:

—¿Cómo va, buen hombre?

—Bastante bien, caballero — respondió el hombre violado con mesurada voz y cerrando su libro con precaución. Espero que vos también lo pasaréis bien.

—¿Eh? me siento como si fuera una botella de aguardiente ambulante... ¿Y vos vivís aquí?

El hombre violado respondió afirmativamente.

—¿Cómo es que no estabais anoche con nosotros? — preguntó Sam frotándose la cara con una tohalla.

—Había salido con mi amo — respondió el de la librea.

—¿Cómo se llama? — preguntó Sam Waller, cuyo rostro se puso rojo por el efecto combinado de la sorpresa y del frotamiento de la tohalla.

—Fitz-Marshall — dijo el otro.

—Venga esa mano — dijo Sam acercándose. — Tengo gana de conoceros. Vuestra cara me es simpática.

—Pues la vuestra — replicó el violeta con gran sencillez de maneras — me ha agradado desde que os he visto bajo la bomba.

—¿De veras?

—Bajo palabra de honor. ¿No es raro esto?

—Muy raro — respondió Sam congratulándose interiormente de la franqueza. — ¿Cómo os llamáis, patriarca?

—Job.

—¡Famoso nombre! El único que no ha sufrido abreviatura. ¿Y el apellido?

—Trotter — dijo el desconocido; — ¿y el vuestro?

Sam recordó la orden de su amo y respondió:

—Mi nombre es Walker, el de mi amo es Wilkins. ¿Queréis tomar alguna cosa, señor Trotter?

Mr. Trotter dió su completo asentimiento á aquella agradable proposición, y habiendo metido en el bolsillo su libro de himnos, siguió á Sam á la taberna, donde se ocuparon en discutir el mérito de un agradable licor contenido en un vaso de estaño, y compuesto en su casi

totalidad de ginebra de Holanda hecha en Inglaterra.  
¿Y qué tal? ¿es buena vuestra colocación? — preguntó Sam, llenando por segunda vez el vaso de su compañero.

— Mala — respondió Job lamiéndose los labios, — muy mala.

— ¿De veras?

— Sí; mi amo se va á casar.

— ¿Es posible?

— Sí; va á robar una rica heredera que está en un colegio.

— ¡Qué dragón! — dijo Sam llenando otra vez el vaso de su camarada. — Algún colegio de esta ciudad, supongo.

Esta pregunta fué hecha con el tono de mayor indiferencia. Sin embargo, Job Trotter mostró claramente por sus maneras que notaba la ansiedad con que su interlocutor esperaba la respuesta.

Vació su vaso, miró misteriosamente á Sam Weller, guiñó el ojo, y finalmente hizo con su mano el gesto de manejar una bomba imaginaria, dando á entender que consideraba á su compañero como muy aficionado á sacar con bomba los secretos ajenos.

— No, no — dijo en conclusión. — Esto no se dice á todo el mundo. Es un secreto, un gran secreto, mister Walker.

Al decir esto, el hombre violado volvió boca abajo el vaso para probar ingeniosamente á su amigo que no quedaba nada con que apagar su sed. Sam comprendió el apólogo y mandó llenar el vaso de estaño nuevamente. Esta orden hizo brillar de placer los ojos del hombre violado.

— ¿Conque es un secreto? — dijo Sam.

— Yo así lo creo — respondió el otro, sorbiendo el licor con complacencia.

— Me figuro que vuestro amo es un ricacho.

Mr. Trotter sonrió, y teniendo el vaso en la mano izquierda, dió con la derecha cuatro golpecitos en el bolsillo del pantalón violeta, como para dar á entender que su amo hubiera podido hacer lo mismo sin llamar la atención de nadie por el ruido de su dinero.

— ¡Ah! — dijo Sam, — ya comprendo.

El hombre violeta bajó la cabeza con aire significativo.

— ¿Pero vos no imagináis que es una indignidad dejar que vuestro amo robe á esa señorita?

— Yá lo sé — replicó Trotter suspirando y volviendo hacia su compañero el rostro, en que se pintaba la contrición; — yá lo sé, y esa acción pesa sobre mi conciencia; pero, ¿qué voy á hacer?

— ¿Hacer? — exclamó Sam; — denunciar á la joven.

— ¿Quién me creería? La joven lady es mirada como un modelo de prudencia y discreción. Ella diría que no y mi amo también. ¿Quién me creería? Yo perdería mi colocación, viéndome perseguido como difamador ó cosa parecida. He aquí lo que sacaría de denunciarlos.

— Es verdad — dijo Sam pensativo.

— Si yo conociera algún respetable caballero que quisiera encargarse del asunto, se podría impedir el rapto; pero hay la misma dificultad, Mr. Walker, la misma; yo no conozco ningún caballero respetable en este país, y si yo conociese alguno, éste no me creería lo que he contado de mi amo.

— Venid conmigo — dijo Sam levantándose de repente y cogiendo por el brazo á su compañero; — mi amo es el caballero que os hace falta.

Después de una ligera resistencia, Job Trotter fué conducido á la habitación de Mr. Pickwick, y le fué presentado con un breve resumen del diálogo que acabamos de contar.

— Yo siento mucho vender á mi amo, caballero — dijo Job Trotter, aplicando á sus ojos un pañuelo encarnado que tenía poco más de tres pulgadas en cuadro.

— Ese sentimiento os honra mucho — respondió mister Pickwick; — pero sin embargo, vuestro deber es...

— Ya sé qué es mi deber — respondió Job con gran emoción; — todos debemos esforzarnos en cumplir nuestro deber, caballero, y yo me esfuerzo en cumplir el mío. Pero es cosa triste tener uno que hacer traición á su amo después de llevar sus vestidos y comer su pan.

— Sois un bravo mozo — dijo Mr. Pickwick muy afectado.

— Vamos, vamos — observó Sam, que había visto con mucha impaciencia las lágrimas de Mr. Trotter; — basta de llanto, eso no conduce á nada.

— Sam — dijo Mr. Pickwick en tono de reprensión; — no me gusta que tengáis tan poco respeto á los sentimientos de este joven.

— Los sentimientos son muy bellos, y tan bellos que es una lástima que los desperdicie de este modo. Creo que haría mejor guardándolos en el estómago que dejándolos evaporar en agua caliente, especialmente cuando esto no sirve de nada. ¡Lágrimas! esto no ha servido nunca para hacer un reloj ni para dar movimiento á una máquina.

— Pero, vamos — dijo Pickwick dirigiéndose á Job, — ¿dónde está ese colegio de señoritas?

— Es una casa vieja de ladrillos rojos que está fuera de la población, caballero.

— ¿Y cuándo se ejecutará ese pérfido plan?

—Esta noche.  
—¿Esta noche?  
—Esta misma noche, caballero.  
—Hay que tomar alguna determinación inmediatamente. Voy á ver al punto la dama que dirige el establecimiento.  
—Eso no servirá de nada, caballero.  
—¿Por qué?  
—Porque mi amo es un hombre muy artificioso.  
—Ya lo sé.  
—Ya ha embaucado de tal modo á la vieja directora, que ella no creará nada desfavorablemente á él, aunque se lo juréis de rodillas. Además, vos no tenéis más pruebas que la palabra de un criado; mi amo dirá que me ha despedido por cualquier motivo, y que yo he dicho esto por vengarme.  
—¿Qué deberemos hacer entonces?  
—Nada podrá convencer á la vieja á no ser que se le coja *infraganti* en el momento del rapto.  
—Pero me parece — dijo Pickwick, — que es muy difícil sorprenderle en el acto del robo.  
—Pues á mí, señor — dijo Job después de meditar, — me parece que es cosa fácil.  
—A ver cómo.  
—Mi amo ha sobornado á los dos criados, que están en introducirnos en la cocina esta noche á las diez; cuando todos los de la casa se hayan recogido á dormir, saldremos de la cocina, y entonces la joven bajará de su habitación. Habrá dispuesta una silla de posta, y en marcha. Por tanto, creo que si vos nos esperáis en el jardín, solo...  
—¿Solo? ¿por qué solo?..  
—Me figuro que la directora no gustará de que un descubrimiento tan desagradable se haga delante de muchas personas. Además, la joven colegiala, considerad su vergüenza.  
—Tenéis razón. Esta reflexión muestra una gran delicadeza de sentimientos. Seguid, tenéis razón.  
—Pues bien, yo creo que si esperáis en el jardín, yo podría introducirnos en la casa á las once y media en punto, y entonces podréis ayudarme á frustrar los proyectos de ese malvado, que me ha corrompido.  
Al llegar aquí, Mr. Trotter suspiró profundamente.  
—No os inquietéis; si él tuviera la más mínima porción de la probidad que os distingue, á pesar de vuestra humilde condición, yo no desesperaría de él.  
Job saludó en voz baja, y á despecho de las anteriores observaciones de Sam, sus ojos se llenaron otra vez de lágrimas.  
—No he visto nunca semejante llorón — dijo Sam;

—Dios me perdone si no tiene una llave de pipa continuamente abierta en la cabeza.  
—¡Sam! — dijo Mr. Pickwick con gran severidad, — ten la lengua.  
—Sí, señor.  
—No me gusta ese plan — continuó el filósofo, después de una profunda meditación; — ¿por qué no hemos de ponernos de acuerdo con los parientes de la joven.  
—Porque viven á cincuenta leguas de aquí, caballero.  
—No hay nada que objetar á esto — dijo Sam.  
—¿Cómo entraría yo en el jardín? — dijo mister Pickwick.  
—La pared es muy baja, y vuestro criado os servirá de escala.  
—Mi criado me servirá de escala, y vos os encargaréis de abrir la puerta de la casa.  
—No podéis equivocaros, no hay más que una puerta en el jardín; dad unos golpecitos en cuanto oigáis el reloj, y yo os abriré inmediatamente.  
—No me gusta ese plan — dijo Mr. Pickwick, — pero es preciso adoptarlo, porque no hay otro, y se trata del honor de esa joven; yo iré, no hay que dudarle.  
Por lo tanto, la bondad natural de Mr. Pickwick le arrastró por segunda vez á una aventura de la cual su buen sentido le hubiera alejado.  
—¿Cómo se llama la casa? — preguntó.  
—Westgate-House; cuando lleguéis al extremo de la ciudad, tomáis á mano derecha. La casa está aislada á poca distancia del camino, y tiene el nombre en una plancha de metal sobre la puerta.  
—Ya sé, me acuerdo de haber visto esa casa la otra vez que estuve aquí. Contad conmigo.  
Job Trotter saludó y se volvió para partir. Mister Pickwick le puso una guinea en la mano.  
—Sois un buen sujeto — le dijo, — y admiro la bondad de vuestro corazón. Nada de agradecimiento; acordaos, á las once y media.  
—No lo olvidaré, caballero — respondió Job Trotter, y salió de la habitación.  
No podemos decir precisamente cuáles eran los pensamientos que ocupaban la mente de Mr. Trotter, por la sencilla razón de que no lo sabemos.  
El día pasó, llegó la noche, y un poco antes de las diez Sam vino á decir á su amo que Mr. Jingle y Job habían salido juntos, que sus equipajes estaban empacquetados y que habían pedido un coche. El complot estaba ya evidentemente en vías de ejecución, como mister Trotter lo había predicho.  
Llegaron las diez y media. Era el momento en que

Mr. Pickwick debía partir para su delicada empresa. A fin de estar más desembarazado para escalar la tapia, rehusó el sobretodo que le ofrecía Sam, y salió seguido de su fiel criado.

La luna estaba sobre el horizonte, pero oculta entre nubes; la noche era bella y seca, pero sombría; los caminos, las cercas, los campos, las casas y los árboles estaban rodeados de una sombra espesa; la atmósfera era pesada y ardiente; ningún rumor se oía, excepto el ladrido lejano de algún perro inquieto.

Nuestros aventureros encontraron la casa, reconocieron la inscripción de cobre, dieron la vuelta a la muralla y se detuvieron hacia el fondo del jardín.

—Sam — dijo Mr. Pickwick, — volverás a la fonda cuando me hayas ayudado á saltar la tapia.

—Muy bien, señor.

—Y me esperarás.

—Ciertamente.

—Toma mi pierna, y cuando yo diga arriba, levántame suavemente.

—Ya estoy pronto, señor.

Después de estos preliminares, Mr. Pickwick dió la voz de arriba, que fué literalmente obedecida; porque, sea que su cuerpo participase en algún modo de la elasticidad de su espíritu, sea que las ideas de Sam sobre *levantar suavemente* no fueran las mismas de su amo, lo cierto es que el efecto inmediato de la obediencia de Sam fué tirar á su amo por encima de la tapia. Después de haber destrozado tres rosales, el hombre inmortal se encontró sobre el suelo del jardín.

—¿Estáis herido, señor, — preguntó Sam, cuando volvió de la sorpresa que le había causado la súbita desaparición del filósofo.

—No, ciertamente, no estoy herido, — respondió éste; — más bien creería que eras tú quien me habías herido.

—Espero que no, señor.

—No te inquietes, — respondió el sabio, del otro lado de la tapia; — no es nada... algunos rasguños... vete... podrían oírnos.

—Buena suerte, señor.

—Buenas noches.

Sam se alejó dejando en el jardín á Mr. Pickwick.

Veíanse de vez en cuando algunas luces en las ventanas del edificio, indicando que las colegialas se retiraban á sus dormitorios. No queriendo acercarse á la puerta antes de la hora señalada, Mr. Pickwick se ocultó en un ángulo del jardín, esperando el momento.

Estaba entonces en una situación que hubiera abatido la audacia de muchos héroes, y sin embargo, no sintió ni inquietud ni desaliento: sabía que su intento era horro-

roso, y se confiaba sin vacilar á los nobles sentimientos de Job Trotter. La situación era triste, por no decir comprometida; pero un espíritu contemplativo puede siempre distraerse por la meditación.

A fuerza de meditar, Mr. Pickwick cayó en una especie de letargo, del cual fué sacado por el reloj de la iglesia vecina, que daba las once y media.

—Llegó el instante, — pensó andando con precaución.

Examinó la casa. Las luces habían desaparecido; las ventanas estaban cerradas; todo el mundo dormía ya seguramente. Se acercó con gran precaución á la puerta y tocó. Pasaron dos ó tres minutos sin que nadie respondiera; dió un golpe más fuerte, después otro más fuerte aún.

Al fin se sintió un ruido de pasos en la escalera, una luz brilló al través del agujero de la llave, fueron quitadas barras y cerraduras, y la puerta se abrió lentamente.

A medida que se abría, Mr. Pickwick retrocedía, poniéndose á un lado. Alargó la cabeza con precaución para reconocer la persona que se presentaba. Pero cuál fué su sorpresa cuando vió en lugar de Job una criada desconocida que tenía un candil en la mano. Mr. Pickwick retiró su cabeza rápidamente, temiendo ser descubierto.

—Safah, — dijo la criada dirigiéndose á alguno de la casa, — debe ser el gato. — Mis, mis, mis, monino, monino.

—Ningún animal respondió á estos llamamientos, y la criada cerró la puerta y volvió á correr los cerrojos, dejando á Mr. Pickwick pegado contra la pared.

—Es particular, — pensó con tristeza; — ellas están en vela, según creo, más tarde que de costumbre. Es desdicha que hayan escogido esta noche para velar.

Al hacer estas reflexiones, Mr. Pickwick se retiró al ángulo de la tapia donde estaba oculto al principio, dispuesto á esperar un poco para hacer de nuevo la señal.

Apenas habían pasado cinco minutos, cuando el resplandor de un relámpago fué inmediatamente seguido de un violento trueno, que hizo estremecer la bóveda del cielo; después otro relámpago más vivo y otro trueno más sonoro; y por último una lluvia violentísima.

Mr. Pickwick sabía perfectamente que un arbol es un vecino muy peligroso durante la tempestad: él tenía un arbol á la derecha, un arbol á la izquierda, uno delante y otro detrás. Si quedaba allí, estaba en peligro de que le cayera un rayo; si se ponía en medio del jardín podía ser descubierto y entregado á la policía. Una ó dos veces trató de escalar la muralla, pero no teniendo ninguna ayuda, el único resultado de sus esfuerzos fué poner toda su persona en un estado de transpiración abundante y llenarse de rasguños las rodillas y las manos.

— ¡Qué espantosa situación! — dijo deteniéndose después de aquel ejercicio, para enjugar su frente y frotarse las rodillas.

Al mismo tiempo miraba hacia la casa, y no viendo ninguna luz se figuró que ya todo el mundo estaba durmiendo. Resolvió, pues, repetir la señal.

Anduvo sobre la punta de los pies por la arena húmeda, tocó á la puerta, contuvo el aliento y puso el oído á la cerradura. Ninguna respuesta recibió. Cosa singular. Dió otro golpe; escuchó de nuevo; se sintió un cuchicheo en el interior, y después una voz que dijo:

— ¿Quién va?

— No es Job, — se dijo Pickwick pegándose á la pared: — es una voz de mujer.

Apenas había dicho esto, se abrió una ventana del primer piso, y tres ó cuatro voces de mujer repitieron la pregunta:

— ¿Quién va?

Mr. Pickwick no se movió. Sin duda todos los de la casa estaban levantados. Resolvió quedarse donde estaba hasta que se calmara la alarma, y en seguida hacer un esfuerzo sobrenatural, escalar el muro, ó perecer en aquella noble empresa.

Esta era la mejor resolución que podía tomar en aquellas circunstancias Mr. Pickwick; pero desgraciadamente estaba fundada en la hipótesis de que los habitantes de la casa no abrieran la puerta. Cuál fué su abatimiento cuando vió que la puerta se abría lentamente. Se retiró más, pero en vano se aplastó contra el muro.

— ¿Quién está ahí? — exclamó desde la escalera un numeroso coro de voces de soprano.

Eran la vieja directora del establecimiento, tres subdirectoras, cinco criadas y treinta colegialas, todas medio vestidas.

Como es de suponer, Mr. Pickwick no respondió *quién estaba allí*, y entonces la letra del coro se cambió en « ¡Dios mío, qué miedo! »

— Cocinera, — dijo la vieja directora, que había tenido cuidado de permanecer en lo alto de la escalera; — cocinera, ¿por qué no avanzáis hasta el jardín?

— Señora, no me atrevo.

— ¡Dios mío! ¡qué estúpida cocinera! — exclamaron las treinta colegialas.

— ¡Cocinera! — repitió la directora con gran dignidad, — no respondáis, os mando que vayáis á examinar el jardín.

La cocinera empezó á llorar; la criada dijo que era una vergüenza tratarla así, y por este acto de rebeldía fué despedida allí mismo.

— ¡Cocinera! ¿no oís? — dijo la vieja dando una pa-

tada en el suelo con mucha cólera.

— ¡Cocinera! ¿no oís á vuestra ama? — exclamaron las tres subdirectoras.

— ¡Cocinera! ¿no oís á vuestra ama? — exclamaron las treinta colegialas.

La desventurada cocinera, obligada de esta manera, dió un paso ó dos, teniendo cuidado de disponer su luz de manera que no le fuera posible ver cosa ninguna. Declaró, pues, que no había visto nada en el jardín, y que debía ser el viento.

La puerta iba á cerrarse, cuando una colegiala curiosa, que se arriesgó á mirar por entre los goznes lanzó un grito horrible, que fué repetido por todas las demás.

— ¿Qué ha pasado á miss Smithers? — preguntó la directora, mientras la dicha miss Smithers caía con un fuerte ataque de nervios.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡pobre miss Smithers! — dijeron las veinte y nueve colegialas.

— ¡Oh, un hombre! ¡un hombre detrás de la puerta! — exclamó miss Smithers con voz turbada.

Cuando la vieja oyó estas espantosas palabras, batió marcha en dirección á su cuarto, cerró la puerta dando dos vueltas á la llave, y se puso mala.

Sin embargo de esto, las colegialas, las subdirectoras, las criadas, se precipitaron por la escalera, atropellándose unas delante de otras con gritos, desmayos y tropiezos. En medio del tumulto, Mr. Pickwick salió de su escondite, y se presentó delante de aquellas palomas asustadizas.

— Señoras, queridas señoras! — les dijo.

— ¡Oh, nos llama queridas! — exclamó la más fea y la más vieja de las subdirectoras: — ¡miserable!

— Señoras! — vociferó Mr. Pickwick desesperado al ver el peligro de su situación: — ¡escuchadme! no soy un ladrón! ¡quiero ver á la dueña de la casa!

— ¡Oh, qué monstruo feroz! — exclamó otra subdirectora: — ¡quiere á miss Tomkins!

Aquí los gemidos fueron universales.

— ¡Tocad la campana de alarma! — dijeron doce voces.

— ¡No! ¡no! — exclamó Mr. Pickwick: — ¡miradme! ¿tengo yo cara de ladrón? Queridas señoras, podéis prenderme, encerrarme, atarme de pies y manos en un cuarto, si gustáis, pero escuchadme lo que tengo que decir, escuchadme.

— ¿Cómo habéis entrado en nuestro jardín? — ¡albuicó la criada.

— Llamad á la señora de la casa, y yo le diré todo, todo, — continuó mister Pickwick con toda la fuerza de sus pulmones. — Llamadla, pues; pero calmaos, llamadla; lo sabréis todo.

No sabemos si consistió en la figura de mister Pickwick ó en su elocuencia, ó en la irresistible curiosidad de las mujeres; pero lo cierto es que las mujeres más razonables del establecimiento, en número de cuatro ó cinco, regaron á recobrar un poco de calma comparativa. Propusieron á Mr. Pickwick que se sometiera á un arresto, á fin de probar su sinceridad: él consintió, y para obtener una conferencia con miss Tomkins, entró espontáneamente en la habitación en que las externas colgaban sus sombreros y sus sacos durante las clases. Cuando estuvo cuidadosamente encerrado, las corderas asustadas empezaron poco á poco á recobrar el ánimo. Miss Tomkins fué sacada de su habitación: sus acólitas la llevaron al piso bajo, y la conferencia empezó.

—Y bien, hombre, ¿qué hacíais en mi jardín?

—Venía á advertiros que una de vuestras colegialas debía escaparse esta noche, — respondió Pickwick desde el interior del cuarto.

—¡Escaparse! — exclamaron miss Tomkins, las tres subdirectoras y las treinta colegialas; — ¿y con quién?

—Con nuestro amigo Mr. Carlos Fitz-Marshall.

—¡Nuestro amigo! no conozco tal sugeto.

—Entonces, Jingle.

—En mi vida he oído ese nombre.

—¡Entonces me han engañado! — dijo Mr. Pickwick.

—He sido víctima de un complot, de un infame complot. Enviad á alguien al hotel de *El Angel*, señora, si no me creéis; enviad al hotel de *El Angel*, y que pregunten por el criado de Mr. Pickwick.

—Parece un hombre respetable, puesto que tiene criado, — dijo miss Tomkins á la maestra de escritura y de aritmética.

—Pienso que es loco, y que ese otro es un guardián.

—Creo que tenéis razón, miss Gwyn, — respondió la directora; — es preciso que dos criadas vayan al hotel de *El Angel*, y que las demás se queden aquí para protegerme á mí.

Dos criadas fueron enviadas al hotel de *El Angel* en busca de Samuel Weller, mientras las otras tres se quedaron para proteger á miss Tomkins, á las tres subdirectoras y á las treinta colegialas. Mr. Pickwick se sentó en el suelo, y esperó la vuelta de las dos mensajeras con toda la filosofía y todo el valor que en aquella situación podía evocar.

Hora y media pasó en tan penoso estado, y cuando las dos criadas volvieron, Mr. Pickwick reconoció, además de la voz de Samuel Weller, otras dos que eran familiares á su oído.

Una corta conferencia siguió, abrióse la puerta, mister Pickwick salió del gabinete y se encontró en presencia

de todo el colegio, de Sam Weller, del anciano Mr. Wardle y de su futuro yerno.

—¡Mi querido amigo! — dijo Mr. Pickwick, precipitándose hacia mister Wardle y estrechándole las manos, — ¡mi querido amigo! en nombre del cielo, explicad á esas damas la triste, la horrible situación en que me encuentro. Debéis saberlo todo por mi criado; decidles ante todo, que no soy un bandido ni un loco.

—Ya lo he dicho, mi querido amigo, ya lo he dicho, — replicó Mr. Wardle, sacudiendo la mano derecha del filósofo, mientras Mr. Trundle sacudía la izquierda.

—Y los que hayan dicho lo contrario, si son hombres, vengan acá, y yo les daré una conveniente prueba de lo contrario, aquí mismo, en esta misma habitación, si estas damas tienen la bondad de retirarse un poco y mandar subir los hombres uno á uno.

Al concluir este reto caballeresco, Sam Weller se dió un golpe en la palma de la mano derecha con el puño de la izquierda, y miró á miss Tomkins con aire gracioso y guiñando el ojo; pero la galantería de Sam no produjo efecto en aquella virtuosa dama, que había oído con horror indecible la proposición, implícitamente expresada, de que era posible que existiera un hombre en el interior del colegio.

La apología de Mr. Pickwick fué terminada bien pronto, pero no se pudo sacar de él palabra alguna, ni durante su vuelta al hotel, ni cuando se halló sentado con sus amigos entre un buen fuego y la cena, que tanto necesitaba. Parecía aturdido, estupefacto; una sola vez se volvió hacia Mr. Wardle, y le preguntó:

—¿Cómo habéis venido aquí?

—Yo había arreglado para primero del mes una partida de caza con Trundle: hemos llegado esta noche, y nos ha llamado mucho la atención el saber que estabais en este país; pero tengo mucho gusto en veros aquí; tendremos partida de caza el primer día, ¿no es verdad, amigo mío?

Mr. Pickwick no respondió; no pidió noticias de los amigos de Dingley-Dell, y poco después se retiró á su habitación, advirtiendo á Sam que fuera á tomar la luz cuando él llamara.

Poco tiempo después la campana sonó, y Sam Weller se presentó delante de su amo.

—¡Sam! — dijo Mr. Pickwick, apartando poco á poco las sábanas para mirarle.

—Señor, — respondió Sam.

Mr. Pickwick hizo una pausa, y Sam despabiló la luz.

—¡Sam! — repitió con un esfuerzo desesperado.

—Señor, — dijo otra vez Sam.

—¿Dónde está Trotter?

- ¿Job?  
—Sí.  
—Ha partido.  
—Con su amo, supongo.  
—Su amo, su amigo, ó su no sé qué; se han ido juntos; ¡bonita pareja!  
—Jingle habrá sospechado mi proyecto, y te habrá despachado á ese bribón con su historia preparada, — repuso Mr. Pickwick.  
—Eso debe ser, señor.  
—Sin duda fué todo una invención.  
—De la cruz á la fecha.  
—No creo que se nos escape para otra vez.  
—Lo espero.  
—En cualquier punto en que encuentre á ese Jingle, —exclamó Mr. Pickwick, incorporándose sobre su lecho y dando un fuerte puñetazo sobre la almohada no me contentaré con desenmascararle, sino que le daré además un castigo personal. Si lo haré, ó no me llamo Pickwick.  
—Y cuando yo coja una pata á ese lloricón, ó le coja un buen remojo, ó no me llamo Weller. Buenas noches.

## CAPITULO XVII

*Donde se demuestra que un ataque reumático puede ser vir de estimulante á un genio creador.*

Aunque la constitución de Mr. Pickwick era capaz de sostener una larga serie de trabajos y fatigas, no estaba, sin embargo, á prueba de una combinación tal de desventajas. Es tan peligroso como inusitado ser lavado al aire libre y secarse después en una habitación cerrada. Mr. Pickwick aprendió este aforismo á costa de su salud, y fué obligado á permanecer en su lecho por un ataque de reumatismo.

Pero si las fuerzas corporales de aquel grande hombre se habían debilitado, conservaba todo el vigor y elasticidad de su espíritu. El vejámen de su última aventura se había desvanecido completamente, y él mismo se unía á la risa franca de Mr. Wardle, siempre que se aludía á aquel asunto. Durante dos días, nuestro filósofo permaneció en su lecho y recibió de su criado las más solícitas

atenciones. El primer día, Sam se empeñó en distraerlo contándole una serie de anécdotas; el segundo día, mister Pickwick pidió recado de escribir y estuvo ocupado hasta la noche; el tercer día, encontrándose bien, mandó á su criado en busca de Mr. Wardle y de mister Trundle, suplicándoles que vinieran á tomar un vaso de vino con él. La invitación fué aceptada, y cuando todos se encontraron reunidos alrededor de una mesa, Mr. Pickwick, con un modesto sonrojo, leyó la novelita siguiente, como editada por él durante su reciente indisposición, siguiendo el relato de Sam Weller.

### *Historia de un verdadero amor*

Había en un tiempo, en una pequeña ciudad de provincia situada á mucha distancia de Londres, un hombre llamado Nathaniel Pipkin. Era maestro de escuela, y habitaba una pequeña casa en la calle Grande, á diez minutos de distancia de la pequeña iglesia. Todos los días, desde las nueve hasta las cuatro, se le encontraba enseñando á los pequeñuelos. Nathaniel Pipkin era dulce, benévolo, inofensivo, con la nariz arremangada, las orejas un poco torcidas, los ojos pequeños y un si es no es cojo. Compartía el tiempo entre la iglesia y la escuela, y creía firmemente que no existía en el mundo un hombre tan sabio como el cura, una habitación tan cómoda como la sacristía, ni una institución tan bien mantenida como la suya. Una vez solamente en su vida Nathaniel Pipkin había visto un obispo, un verdadero obispo, con sus mangas de linón y su peluca. Le había visto andar, le había oído hablar el día de la confirmación; y en esta majestuosa ceremonia, cuando el obispo había puesto las manos sobre la cabeza de Nathaniel Pipkin, éste se sintió sobrecogido de un temor tan respetuoso, que perdió el conocimiento y tuvieron que sacarlo de la iglesia en brazos de un bedel.

Este era un acontecimiento importante en la vida de nuestro héroe, y era el único que había trastornado el curso regular de su pacífica existencia, cuando una tarde, cuando se ocupaba en plantear sobre la pizarra un espantoso problema de adición que debía resolver un chiquelo, levantó la vista en una ventana al otro lado de la calle el bello rostro de María Lobbs. María Lobbs era la única hija del viejo Lobbs, el gran sillero de la calle Grande: ya otras veces, en la iglesia y fuera de ella, los ojos de Nathaniel Pipkin se habían clavado en la joven María; pero las negras pupilas de ésta no habían sido nunca tan brillantes, sus mejillas no habían estado tan frescas y sonrosadas como en aquella ocasión.